

Ortiz como bisagra

Rechazada por el aspirante de Juntos Haremos Historia a la Presidencia de la República, Andrés Manuel López Obrador, la posibilidad de presencia del ex secretario de Hacienda, y ex gobernador de Banco de México, Guillermo Ortiz, en su eventual gabinete ésta habría apuntado a hacer traumática la reacción de los mercados de cara a los jugadores externos. El prestigio internacional del también ex presidente de Banorte ofrecería una cuota de certeza de un cambio sin perfil radical, es decir sin ruptura con la ortodoxia.

Una de las grietas que provocó la salida de control de los mercados cambiarios y de dinero tras la decisión consensuada con los empresarios de devaluar la moneda en diciembre de 1994, fue justo, la falta de una figura de certeza frene al nerviosismo de los apostadores de Estados Unidos. Desmantelada por Jaime Serra Puche, el secretario de Hacienda que llegó con el gobierno de Ernesto Zedillo, la estructura de apoyo frente a contingencias, en cuyo marco cada funcionario tenía un par en el país dl norte para conciliar, por el simple prurito de celos de su antecesor, Pedro Aspe Armella, la falta de información se convirtió en pánico. Los inversionistas que le habían apostado a los tesobonos pautados en dólares, exigieron su redención inmediata.

Como usted sabe, el gobierno de William Clinton salvó al país de un mayor escándalo al prestarle al gobierno 25 mil millones de dólares de un fondo para el apoyo de dólar... colocándose como garantía cuentas por cobrar de Pemex. Cesado a los 28 días del encargo Serra Puche, justo Guillermo Ortiz llegaría al relevo, dejando la Secretaría de Comunicaciones y Transportes encomendada en manos de Carlos Ruiz Sacristán. El relevo instrumentó el rescate bancario vía la “compra” de deudas con etiqueta de impagables, lo que evitó la quiebra de al menos la mitad de las unidades del sistema, lo que quizá fue la pauta que derribó su posibilidad, si es que ésta se hubiera barajado.

La paradoja del caso es que como gobernador del Banco de México, Ortiz se convirtió en el “coco” de los banqueros, al regañarlos por sus excesos y someterlos a regulaciones más estrictas. Dicen que algunos de ellos se santiguaban cuando el funcionario llegaba a su habitual mensaje a la vera de la Convención Nacional Bancaria anual celebrada en algún paraíso turístico. La sorpresa llegó cuando Ortiz se convirtió en el presidente del cuarto banco del sistema financiero, el Mercantil del Norte (Banorte); encomendada la tarea meses antes de su muerte por su accionista principal, Roberto González Barrera.

El neobanquero se enfrentó a la hostilidad de un segmento de los herederos d éste, concretamente la familia Hank, cuyo nieto de González Barrera, Carlos Hank González, había migrado a Interacciones, el banco de su padre. En el río revuelto

Ortiz, cuyo carácter explosivo es proverbial, se había paleado en su hombre de confianza, Alejandro Valenzuela, a quien nombró director del banco. Ave de tempestades, Guillermo Ortiz representaría la bisagra entre el nuevo gobierno y el gran capital nacional y extranjero, bajo la premisa de ser un personaje al que se le teme, pero se le respeta. La moneda del volado cayó de canto.

Amnistía. De acuerdo con el director general del Instituto de Verificación Administrativa (INVEA), José Luis Valle Cosío, ya no hay en la Ciudad de México ningún anuncio instalado en las azoteas, es decir finalmente se cumplió con la ley. El caso es que según el Consejo de Publicidad Exterior, existen aún al menos 2 mil que violan la Ley de Reconstrucción, Recuperación y Transformación de la Ciudad de México. En la lista están los instalados en el Puente Carlos Pellicer y Morelos Bravo, en Santa Fe; en Barranca del Muerto y avenida Revolución, y los de la calzada de Tlalpan. Y si le seguimos, hay decenas de ellos en el entorno del Viaducto. Lo curioso del caso es que se les está pidiendo a las empresas que entreguen una lista de sus estructuras sobre casas y edificios.

COLUMNA DE ENRIQUE CAMPOS SUAREZ. Junio 06 del 2018

¿Rumbo a un gobierno Frankenstein mexicano?

En España, la única manera como el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) pudo cumplir su sueño de regresar al poder fue a través de aliarse con los grupos más radicales, incluso algunos de los que buscan romper la unidad territorial de ese país, para ganar la moción de censura que le costó la Presidencia al Partido Popular (PP). No acababa Mariano Rajoy de hacer sus maletas para salir de la Moncloa cuando los extremistas ya pedían su tajada al presidente socialista Pedro Sánchez.

La formación populista Podemos no pedía, exigía al PSOE que le diera el control de los medios de comunicación del estado, que soltara recursos presupuestales para aumentar pensiones, dar permisos de paternidad más amplios, en fin. Los separatistas catalanes del Partido Demócrata Europeo Catalán, que aportaron votos para sacar al PP, pusieron un ultimátum de dos semanas a Pedro Sánchez para que avance en el camino de la independencia de esa provincia española. Y los nacionalistas vascos del PNV quieren un manto protector presupuestal y político por parte del nuevo gobierno.

En España a esta rara mezcla que accedió al poder le llaman el gobierno Frankenstein y no es para menos. Allá los españoles y sus crisis políticas, que acá tenemos las nuestras y la realidad es que no estamos lejos de una mezcla impresentable que pretenda hacer gobierno.

En esa ambición del poder de Andrés Manuel López Obrador, ha conformado una amalgama que simplemente no logra fraguar en una alternativa presentable de gobierno. Hay fanatismo, hay enojo, hay muchos sentimientos desbordados que mantienen a López Obrador con amplias posibilidades de ganar la Presidencia, pero

no hay un razonamiento de cómo gobernaría en caso de llegar al poder. El Partido del Trabajo quiere lucir una máscara de partido comunista, al tiempo que el Partido Encuentro Social no tiene empacho en presentarse como una opción confesional, de extrema derecha. Y Morena es un caballo de Troya donde todos profesan la religión lopezobradorista, quien a su vez es una mezcla del populismo de los 70, con ideas mesiánicas propias de una secta y toques del socialismo del siglo XXI venezolano.

Para muestra, un botón: “¿Quién chingados le dijo a (Alfonso) Romo que somos nos (nosotros)?”. Ésta es la expresión que lanzó Paco Ignacio Taibo ante los mensajes de moderación del empresario Alfonso Romo. Taibo reiteró que Morena tiene aprobado echar abajo la reforma energética. Punto. ¿Cómo podría Guillermo Ortiz Martínez ser secretario de Hacienda cuando rondan los extremistas como Gerardo Esquivel o John Ackerman planteando ideas que deberían ser inaceptables para el exgobernador del Banco de México? Hay una clara lucha entre los que quieren llegar a romperlo todo y los que se pueden presentar como prudentes. La guía no pueden ser los discursos de López Obrador porque la estrategia es divagar.

Pero si atendemos a los libros que ha firmado, ahí se ve que los que llevan mano son los populistas radicales. ¿Cómo podría formarse un gobierno con aquellos que respaldan la disciplina fiscal y los que quieren gastar a manos llenas? ¿Cómo conciliar entre los que defienden la continuidad de las reformas estructurales, como la educativa o la energética, y los que quieren hacer una purga al estilo soviético? Seguro que las primeras cabezas que rodarían en ese gobierno serían las de los moderados que hoy hacen el papel de tontos útiles en la labor de tratar de convencer a los que tienen miedo al extremismo que se esconde tras la piel de oveja del “amor y paz”. ecampos@economista.com.mx